

CONFERENCIA

DEL SEÑOR

CARLOS REYLES

Leída en Molles con motivo
del
Congreso Ganadero
celebrado en Diciembre de 1908

L. 356525

MONTEVIDEO

Imp. Artística, de Dornaleche y Reyes

18 de Julio, 77 y 79

1909



Señores:

Antes de entrar en materia y demostrar, no sólo la conveniencia, sino la urgente necesidad de unir y hacer armónico y convergente el esfuerzo de los trabajadores rurales para la defensa de sus intereses y labor cuasi heroica, séame permitido una breve digresión, que será como la teoría sucinta de aquella necesidad y conveniencia. Lo haré sin mayores retóricas ni metafísicas, porque así lo pide la índole del asunto y lo reclama seguramente el público que me escucha, compuesto de hombres de trabajo, de hombres sanos é íntegros, que creen religiosamente en la vida, en la labor humana, en los deberes sociales, y se mues-

tran, con justísima razón, ávidos de ideas concretas y realidades prácticas.

Dice un pensador de fuste, analizando el espíritu religioso, muy robusto y activo en la América del Norte, que «los yanquis buscan un dios del que puedan servirse.» Mirándolo bien, todos los pueblos hacen lo propio. Cada uno se crea, por un trabajo inconsciente del instinto vital, la filosofía, la moral, la religión, el dios, en una palabra, que le conviene. Podría decirse que, cuanto más utilitaria es esta creación, tanto mayores son las probabilidades de robustez y longevidad. Los que por debilidad orgánica, como los pueblos caducos, sentimentalismo enervante ó extravío filosófico, no pueden obedecer los mandatos de aquel instinto defensor de la vida, sufren cuanto más se apartan, no de la verdad en sí, que acaso es también una gran ilusión, sino de la verdad útil, necesaria, que siempre es una provechosa realidad. Y bien, esta verdad útil, esta religión que tiene mayor número de fieles que cualquier otra y que opera más milagros que todas juntas; este nuevo ídolo que las naciones avisadas se apresuran á adorar hoy, y del que esperan todos

los dones, es el vilipendiado Mammón, el subterráneo Plutón, el Oro, «el vencedor cubierto de sangre y que arrastra en su cortejo triunfal, un rebaño de vencidos y de esclavos encadenados á su carro de guerra.» Su culto, es el culto de la vida intensa; su moral, la moral de la lucha, del esfuerzo triunfante y creador; su ideal, la abundancia de minas inagotables, la hermosura robusta, la existencia plena y desbordante. Los hechos hablan alto sin cuidarse de si lastiman ó no, los castos oídos de los soñadores é irrealistas. La orientación del espíritu moderno hacia la ciencia social; el imperialismo económico de las grandes potencias; las aspiraciones y teorías de la clase obrera; las luchas comerciales, en fin, muestran que los filósofos, los políticos, los ricos y los pobres viven casi exclusivamente preocupados de los arduos problemas de la producción, de la riqueza y de la ecuánime repartición de ella.

Mejor hoy que ayer, el paisaje espiritual del planeta es una afirmación de las frases de Gladstone, Carnegie y Saint-Victor: «la riqueza es el negocio de todos;» «el comercio gobierna el mundo;» «Mammón se

llama ahora Legión, como el diablo de la Escritura, y el Pandemonium que él construye es el mundo transformado y renovado.» Y la doctrina de Marx, que concibe la historia como la evolución del factor económico, y las sociedades como una lucha de clases por la conquista del oro, resulta, en lo esencial, plenamente confirmada. «La producción, primero, dice su colaborador Engels, y en seguida el cambio de los productos, forman la base de todo orden social. Estos dos factores determinan en cualquier sociedad dada, la distribución de las riquezas, y, por consiguiente, la formación y las jerarquías de las clases que las componen. Esto sentado, si queremos encontrar las causas determinantes de tal ó cual metamorfosis ó revolución social, será preciso buscarlas, no en la cabeza de los hombres, en su conocimiento superior de la verdad y la justicia eternas, sino en las metamorfosis del modo de producción y de cambio, en una palabra, no en la filosofía, sino en la economía de la época estudiada.»

Sí, según los adeptos del determinismo económico, la filosofía, las leyes, las reglas morales no son otra cosa que simples super-

estructuras del factor económico, que se convierte así en el principio generador de la conducta humana. Y, después de todo, es lógico que así sea. El hombre es un animal esencialmente utilitario. Si se observan bien sus actividades, veráse que éstas, después de pasar por mil retortas y alambiques, van á condensarse en la producción, porque la producción es la fuerza, y la fuerza lo que asegura la vida. Por eso, como antaño la capacidad militar, en el mundo moderno la capacidad productora, es la síntesis, el *substratum* de las excelencias nacionales y lo que constituye, en resumen, la superioridad de los organismos políticos. Ella afirma la existencia de los pueblos y permite todas las superioridades, no teóricas, sino efectivas y palpitantes. Sin ella, ni universidades, ni institutos, ni ejércitos, ni fuerza, ni hermosura. Este convencimiento, obscuro aún, pero firme, es lo que acaso produce en la evolución de las ideas, las reacciones contra la supremacía de la inteligencia sobre la voluntad, y en la práctica de la vida, el retorno, que los gobiernos mismos tratan de favorecer, de las carreras liberales, al comercio y la industria. ¿Por

qué ocultarlo? Los pueblos sistemáticamente se preparan en los gimnasios, institutos, escuelas y talleres para la conquista del oro. La novedad de la pedagogía es la formación de voluntades audaces, no de *idiotas sabios*. Y las virtudes sociales que más se premian, no son las contemplativas del noble, pero caduco espíritu clásico; no la humildad, el renunciamiento, el desinterés del ascetismo cristiano, mas al contrario, la ambición insaciable, la combatividad, el amor de los bienes terrenales, la facultad de arriesgarse, las virtudes interesadas y activas, en conclusión, que la lucha económica, es decir, que la vida social necesita y desarrolla fatalmente. Esas virtudes, condenadas por el espiritualismo á nombre de la moral del desinterés, son las realmente morales, por ser las fieles servidoras de la vida.

En otra parte, consideraciones parecidas, me llevaron á decir que el oro, á pesar de las maldiciones de los dioses y los poetas, era un educador, un moralizador, un poder espiritual. «Él crea y premia las excelencias que la vida moderna reclama imperiosamente y sin las cuales perecerían las sociedades, y éstas son seleccionadas por él.

Las que aceptan las tablas impuestas por el nuevo dios, fortifican sus músculos, prosperan, extienden su dominio: son las sociedades jóvenes y sanas; las que no, se debilitan y no tardan en ser absorbidas ó esclavizadas: son las sociedades caducas y enfermas. Como la selección natural, la selección del oro es implacable para los que no saben ó pueden luchar y vencer. Los débiles, los enfermos, los viciosos, los ineptos, los *inactuales* desaparecen y, al fin de cuentas, la humanidad gana; de donde resulta que, contra los viejos prejuicios de la moral espiritualista, el oro es un purificador, aunque como esencia y jugo de la fuerza y del deseo humanos, lleve en sí condensadas todas las grandezas y todas las impurezas de la vida.»

Los hombres empiezan á comprender el sentido lato y profundo de las palabras de Emerson: «la riqueza es mental, la riqueza es moral.» Por eso, sin duda, aumentar la capacidad productora y luego organizar la producción, va siendo la tarea, no sólo de los políticos, industriales y especuladores, sino también la obra de los filósofos y moralistas. Los problemas sociales no tienen

otra solución que la solución económica.

Y bien, señores, siendo la producción nuestra exclusivamente rural, dicho se está que el primer cuidado y el más perentorio deber de las clases dirigentes, debiera de haber sido el de robustecer por todos los medios imaginables, la energía productora de la campaña, considerándola como el fermento activo de la vida nacional. Una política francamente utilitaria, sabe evitar la guerra civil (los intereses imponen las soluciones pacíficas) y hubiese permitido, á la postre, las más bellas floraciones del espíritu, como remate natural de la fuerza y la abundancia, y coronamiento de una civilización propia. Por el contrario, el fetichismo político, la egolatría de las leyes y las frases, los idealismos prestados y nebulosos, debían inducir, gracias á las fatales reacciones del egoísmo irreductible, á las luchas armadas por el poder, el fraserío gárrulo y el torpe sancho-pancismo de los practicones de la cosa pública.

La primera ha sido, en general, la política de la América anglo-sajona; la segunda, la de la América latina. El resultado es la inmensa superioridad, no sólo económica,

sino moral é intelectual de los yanquis. Sí, á pesar de nuestras pretensiones de caballeros andantes del ideal, las tierras de los soberbios virreyes y finchados hidalgos españoles no han producido hombres universales como Wáshington y Franklin, filósofos como Emerson y James, moralistas como el apóstol negro, poetas como Poe y Whitman, mercaderes filántropos como Carnegie.

Por lo demás, en el nuevo como en el viejo continente, diríase que por causas no bien estudiadas aún, pero que existen y determinan los hechos, la inferioridad de los latinos en la lucha económica va extendiéndose á otras esferas de la actividad. Junto con la hegemonía comercial y política, empiezan á perder la hegemonía del pensamiento. El orgullo de infanzones del espíritu, desdeñosos de las actividades útiles, les ha impedido percatarse de que lo digno de envidia de los países que van á la cabeza del mundo, tales como Inglaterra, Alemania y Norte-América, no son sus hombres de pensamiento, sino sus navegantes, sus industriales, sus mercaderes; y que á la acción, ya oculta, ya visible de éstos, deben

aquéllos la parte más sólida de su poderío y grandeza. La historia social de los pueblos nos prepara sorpresas inauditas. Cuando los flamantes métodos históricos se apliquen al Río de la Plata, es muy posible que los trabajadores rurales, que han civilizado los campos desiertos y luchado á brazo partido contra las inclemencias del cielo y la barbarie de los hombres, sean considerados á la par de los más levantados moralistas y profesores de energía nacional, de que se enorgullecen las dos repúblicas hermanas.

La energía yanqui, el alma yanqui, no es la obra de los Washingtons ni Lincolns, sino de los Vanderbilts, Morgans y Rockefellers; la energía argentina, el alma argentina, no es la obra de los Rivadavias, Sarmientos ni Mitres, sino de los Lozanos, Pereiras, Oliveras Fages, Cobos y demás grandes y nobles señores de la agricultura. Entre nosotros, no sólo la prosperidad, sino también la cultura propia, la castiza, la elaborada con los jugos nacionales, que es la única robusta y durable, saldrá del vientre fecundo de la campaña. He ahí por qué, en mi sentir, la actividad rural es una cosa cuasi sagrada; he ahí por qué se me antoja más

grave é inteligente producir un carnero de cuarenta libras, que pronunciar un discurso de cuarenta horas; he ahí por qué no vacilo en llamar miopes y obtusos á los directores de la opinión que no ven en cada estancia, en cada cabaña, en cada rancho empotrado en lo alto de las cuchillas como un nido de hornero en la punta de un poste, un foco de energía vivificante y un centro de cultura, donde, mejor que en las escuelas y universidades, se vigorizan los músculos y se afina la inteligencia del país; he ahí, finalmente, por qué tengo por espíritus chatos y materialistas á los que no llegan á descubrir las *fuerzas morales* del esfuerzo rural, como ignoran, por falta de espiritualidad precisamente, la suma de energía, paciencia, sacrificio, pensamiento y virtud que se condensan en las duras y áureas entrañas de la moneda.

Digámoslo sin ambages: lo serio é importante entre nosotros, hoy por hoy, son los rodeos y las majadas; lo trascendente, el esfuerzo y la inteligencia rural; las sístoles y diástoles del país, la producción y el cambio de los productos agrícolas. Por todo ello, organizar esa producción y robustecer las

energías productoras, elevando por acción refleja, al mismo tiempo, el nivel intelectual de los hombres del campo, paréceme la tarea más noble, más patriótica y más inteligente á que puede consagrarse todo aquel que haya nacido en tierra uruguaya.

No ha de entenderse por lo dicho, que desconozco y niego el influjo de los héroes, de los hombres providenciales y de la inteligencia en los progresos positivos de la humanidad. Amo demasiado ardientemente las manifestaciones de la fuerza humana y he pagado muy caros tributos á las cosas del espíritu, para pensar así. Sólo que el respeto del héroe y el amor más puro de las ideas, no implica desconocer la naturaleza materialista de las ideas y del héroe, puesto que, después de todo, sólo son los servidores del instinto vital, utilitario siempre; tampoco implica negar los valores ideales que llevan en su seno las fuerzas económicas, ni adorar supersticiosamente las construcciones mentales que la pequeña razón humana, oponiéndose á la *grande razón* de la naturaleza, convierte en enemigas de la vida. Ésta es lo realmente sagrado. Y no vacilo en condenar la Verdad, la Ética

y la Belleza que, en nombre de un espiritualismo anémico y canijo, tienden á destruirla ó amenguarla. Ese espiritualismo, bajo nobles apariencias, es un corruptor de las energías nacionales. Debilita y envilece. En política degenera en hipertrofia de la palabra, espíritu revolucionario y *política alimenticia*; en filosofía conduce á las aspiraciones vagas y al desprecio de las realidades; en literatura, al lirismo ñoño y las chinerías retóricas, síntomas inequívocos de indigencia mental, pobreza anémica y otras lamentables incapacidades. No, necesitamos una verdad, una política, una belleza que sean algo así como el orgánico y espléndido florecimiento de nuestras fuerzas vitales. El camino del poder social y de la alta cultura, es la riqueza, elaborada con elementos propios, con materiales castizos. Y como nuestra vida depende de nuestra única producción, que es la producción rural, el organizarla y robustecer las facultades que la sirven, no es sólo una conveniencia, sino la más urgente de las necesidades y el más inteligente de los cuidados. He ahí por qué dije antes y repito ahora, que lo serio é importante entre

nosotros son los rodeos y las majadas; lo grave y trascendente, el esfuerzo y la inteligencia rural; las sístoles y diástoles del país, la producción y el cambio de los productos agrícolas.

Es necesario, porque lo piden los grandes intereses actuales y el porvenir de la campaña, aumentar la capacidad productora y hacer inteligente y armónico el esfuerzo, antes desordenado, de los trabajadores rurales; es necesario nutrirlos de conocimientos técnicos para que puedan resolver ventajosamente los problemas cada vez más complejos de la producción selecta; es necesario prepararse para afrontar las cuestiones sociales, que no tardarán en plantearse en las estancias, y constituir una fuerza que haga respetar, en cualquier momento de turbación política, los intereses rurales; es necesario, por último, que los *pioners* que han salvado mil veces de la ruina al país, reaccionando contra la muerte después de los colapsos de la guerra, y enriquecido á todas las clases con el fruto de su trabajo y virtudes viriles, le den forma orgánica á su ideal generoso y robusto, y lo hagan prevalecer en la campaña, en los pueblos, en las ciudades.

No será asunto muy arduo ni de realización remota. Ese ideal, se impone ya, porque es el más favorable á la existencia de la nación. Pero urge hacerlo bien visible, exteriorizarlo en actos reflexivos, convertirlo en códigos morales y reglas de vida, lo que implica la organización perfecta de la clase agraria. Ésta no consolidaría sus conquistas, ni sería dueña del porvenir, si no supiera adaptarse al nuevo medio ambiente que han creado los mismos progresos de la campaña. Es una necesidad imperiosa del presente. La prueba irrefutable es que la organización de que hablamos, *se hace* en la práctica sin teoría, sin fórmula, sin verbo, pero se hace. Antaño, sólo la Asociación Rural del Uruguay, velaba por los intereses rurales. Hoy existen muchas asociaciones de la misma índole que aquélla; casi todos los departamentos tienen la suya, en algunos pueblos se forman también, y hasta en el medio de los campos empiezan á nacer, fatalmente, como á su tiempo brotan los hongos de la tierra gorda y húmeda. Leyes imperiosas obligan á los hombres á estrechar sus relaciones y asociar sus energías en las exposiciones, ferias y congresos.

La obra inteligente sería aclarar y dirigir las tendencias de la campaña hacia el gobierno propio y la asociación y concierto de las voluntades, como se ha hecho aquí en Molles, gracias á la Liga del Trabajo, que puede citarse como una *experiencia social* á todas luces concluyente.

No se trata de aventuradas suposiciones, sino de realidades. Molles no es una ciudad floreciente ni una villa coqueta, ni un pueblo risueño, ni siquiera un núcleo de población, y, sin embargo, hay aquí más actividad comercial y más vida que en muchos centros populosos de la República. La razón es obvia: los trabajadores están unidos en una acordada acción común; todos trabajan por la prosperidad de la región, porque esa prosperidad redundará en beneficio de todos. El egoísmo se convierte en altruismo: éste es la forma superior de aquél. Los intereses, antes anárquicos, se armonizan. Las rivalidades de los criadores se convierten en noble emulación. El esfuerzo unido hace posible para todos, lo que antes era imposible para cada uno aisladamente, y por eso se obtienen recursos pecuniarios del gobierno y de los particulares, ventajas de las

empresas de los ferrocarriles, se cuidan los pasos y caminos, se construyen calzadas, hoteles costosos, cómodas *instalaciones*, y se celebran ferias, concursos, conferencias y fiestas filantrópicas y sociales que dan testimonio, no sólo de la actividad comercial, sino también del progreso de la cultura. Más aún. La asociación que opera tales milagros, no se ocupa únicamente en desarrollar intereses materiales: cuida de divulgar ideas generosas, conocimientos útiles, y de desarrollar, por todos los medios á su alcance, el espíritu de progreso que la anima y que va extendiendo á todo el departamento con la formación de subcomisiones ó *ligas locales*, destinadas á defender é impulsar el trabajo y los intereses de cada zona, y á ejercer en ellas la acción saludable que la Liga central ejerce en Molles. Ésta y sus hijas, que pueden constituir organismos independientes cuando tengan medios propios de vida, quedan unidas siempre por la comunidad de intereses y el mismo programa ó principio activo: *el trabajo como gimnasia de los músculos y disciplina moral; la vida intensa como condición de la prosperidad y la dicha; el progreso*

de la campaña como factor determinante de la grandeza del país.

La acción de la «Liga del Trabajo» rompe, pues, los estrechos límites de la propaganda rural y extiende su influencia á los más lejanos horizontes morales de la nación. Sus amplios estatutos revisten el carácter de una disciplina nacional, que tiene su filosofía, su ética y hasta su belleza bravía, pero fecunda. Y bien señores: si las asociaciones rurales de los departamentos adoptasen los principios encarnados en los estatutos de la asociación mollense, y dilatasen su acción progresista, favoreciendo á la par de la actividad comercial, el esfuerzo propio y el espíritu de cooperación en todos los ámbitos de los departamentos, ejercerían en éstos la fuerza indiscutible que la «Liga de Molles» ejerce en su región; muy pronto cientos de asociaciones locales, ocupadas en el manejo directo de sus intereses, cubrirían la campaña, triplicando sus fuerzas productoras; el contacto de los hombres, la comunidad de ideas é intereses, apretarían los flojos lazos de la solidaridad rural, y la federación de asociaciones rurales quedaría, en cierto modo, hecha en la práctica, puesto

que todas ellas estarían unidas por un mismo verbo y el esfuerzo común hacia la conquista de la riqueza, el bienestar y la cultura.

Tarde ó temprano, en una forma ó en otra, esto se hará, porque lo piden, no ideas abstractas, sino necesidades é intereses que tienen otra fuerza efectiva. Pero conviene favorecer la tendencia; conviene interpretar, cuanto antes, las aspiraciones confusas de la campaña, cuyo instinto seguro tiende á defender contra todo evento, los frutos de la labor campesina, y cuya vitalidad la empuja á extender sus dominios é imponer su ideal.

La fórmula práctica, no definitiva, sino preparatoria, podría ser la siguiente: convenio tácito de las asociaciones departamentales de agregar á sus fines puramente económicos y actividad limitada, los fines más amplios y la actividad general de la federación, la cual se propondría:

Favorecer la formación de asociaciones rurales autónomas en todos los focos de población de la República, y unirlas en la obra común del engrandecimiento material y moral de la campaña;

Robustecer por todos los medios de propaganda y de acción, la inteligencia y el esfuerzo rural;

Desarrollar sistemáticamente el gobierno propio y el espíritu de cooperación;

Exteriorizar públicamente, cuando las necesidades lo reclamen, las aspiraciones de la federación;

En caso de conflicto, conciliar los intereses de las asociaciones federadas;

Defender los intereses materiales, morales y políticos de la campaña.

Las asociaciones departamentales quedarían federadas con sólo declarar esa voluntad en el seno del « Congreso Rural ».

El *lazo federativo* sería la comunidad de propósitos agregados á los estatutos particulares de cada asociación, y el reconocimiento, para la acción común, de un gobierno central ó asamblea compuesta por los delegados de las asociaciones departamentales, presididas por el delegado de la Asociación Rural del Uruguay. Ésta sería algo así como el aparato coordinador y ejecutante de la voluntad general *en la acción general*; la encargada, después de disueltos los congresos rurales anuales, de iniciar las

gestiones y emprender los trabajos que la *asamblea federativa* le encomiende, la cual, salvo casos especiales, se reuniría una sola vez por año y en el mismo momento que el Congreso Rural. Dentro de la federación, en la obra colectiva, las asociaciones quedarían supeditadas á la asamblea: es la *acción federal*, que debe limitarse en épocas normales, á la propaganda de la federación y á conservar la armonía de las asociaciones que la forman. Es lo que podría llamarse la *acción departamental*, mucho más vasta y compleja, pues comprende la práctica de todo el programa de la federación y además los fines económicos. Las asociaciones departamentales serían libres y autónomas, como lo serían en la *acción regional*, las asociaciones locales, aunque estuviesen ligadas á aquéllas por los lazos federativos. De modo que tanto la Asociación Rural del Uruguay, como las departamentales, como las locales, quedarían *moralmente unidas* y subordinadas en la acción común, y *efectivamente libres* en la acción particular, quedando así establecidas, no por un acuerdo artificioso, sino por la naturaleza de las cosas, las funciones, corresponden-

cias y jerarquías necesarias á la robustez y vida de los organismos sociales bien constituidos.

Lo que hará inconfundible la actividad de la federación de la actividad del congreso y de las asociaciones rurales, es el propósito deliberado de unir toda la campaña en un disciplinado esfuerzo común, para asegurar sus conquistas, robustecer las energías y virtudes del elemento rural, é imponer su ideal generoso y fecundo de trabajo y cultura á los gobiernos, á los partidos y al resto de la nación; los nuevos valores morales que la federación aportaría á la vida rural, son *el culto sistemático de la energía*, libre y creadora, el espíritu de cooperación y el amor de las empresas nobles, bellas y osadas; los nuevos principios activos con que vigorizaría la obra de las asociaciones rurales, serían la difusión de conocimientos técnicos, la propaganda de ideas generosas y la defensa, no sólo de los intereses materiales, sino de los intereses morales y políticos de la clase rural. Los primeros comprenden la actividad rural propiamente dicha: celebración de exposiciones, concursos, conferencias agrícolas,

arreglo de calzadas y caminos....; los segundos, el establecimiento de nuevas asociaciones, formadas con los elementos progresistas de cada zona, y la propaganda de los ideales de la federación; los terceros, la organización, para exteriorizar de un modo poderoso la voluntad de la campaña, defender sus intereses en épocas de turbulencia política y llevar á la Representación nacional, Juzgados y Jefaturas á los hombres que mejor encarnen las tendencias rurales hacia la vida inteligente y esforzada.

Si la clase rural quiere que su palabra se escuche, es necesario articularla distintamente; si pretende que sus intereses sean respetados, es preciso hacerlos invulnerables; si aspira á pesar en los destinos del país, como es justo, desde que representa el tipo social más favorable á la existencia de la nación, es menester que cumpla sus deberes cívicos y sepa imponer su ideal.

Y debe hacerlo así, porque puede hacerlo. Su política no será, ni conviene que sea, la de los profesionales de la cosa pública. La clase rural no quiere ni posiciones políticas, ni sinecuras, ni el predominio de un partido sobre otro, sino la paz, el

Keyles, Carlos, 1868-1935
writing

— 28 —

trabajo, el progreso del país, y está moralmente obligada á apoyar con sus votos á los elementos rojos ó blancos que encarnen de alguna manera tales aspiraciones, creando, al mismo tiempo, en la ruda escuela del trabajo, las energías viriles, virtudes sociales y valores morales que, *introducidos por aquellos elementos en la circulación de los partidos*, precipitarían su necesaria evolución.

He ahí la política de la clase rural; he ahí la obra que puede realizar la federación de las asociaciones rurales, entendida en la forma que acabo de bosquejar. Los trabajadores más capaces y ardidados, las naturalezas más generosas, serán, en mil puntos de la campaña, los profesores y conductores de la energía rural. Es imposible que la capacidad productora del país no se triplique con tal organización; es imposible que los gobiernos, los partidos y los políticos, no respeten una fuerza así organizada; es imposible que los hombres que pueden colaborar en primera línea en esa grande obra, no lo hagan, porque á ello los empujan los sentimientos, los intereses, y hasta el instinto de dominación, que es el más grande de los resortes.